

Dejamos para lo último la cualidad que más enalteció al Sr. García Icazbalceta, y que debemos realzar para ejemplo y edificación del pueblo cristiano: *fué un hombre caritativo.*

Miles de miles de pesos pasaron de sus manos á las de los pobres. Estos eran los verdaderos dueños de sus cuantiosas riquezas; y él tan solo las administraba con la dedicación, celo y diligencia del más escrupuloso administrador.

El practicaba, ántes de que el Sr. Leon XIII escribiera la famosa encíclica sobre el socialismo, los sapientísimos Consejos que el inmortal Pontífice dà á los ricos para la conducta que deben observar con los pobres, con los obreros, con los servidores de sus fincas.

En sus haciendas de tierra caliente, el Sr. García Icazbalceta había implantado desde hacía muchos años un sistema de trabajo y de remuneración que tenía contentos á los operarios, quienes veían en él á un padre atento siempre á sus necesidades, justo, equitativo, desprendido y generoso.

En México, como Presidente primero de una Conferencia y después como Presidente del Consejo, se hizo notable por su tino, su acierto, su abnegación en cumplir con sus deberes.

Visitaba á los pobres y los socorría; y en sus funciones de Presidente del Consejo, estaba atento á la marcha de todas las Conferencias, llamando la atención del Consejo de París los informes que remitía anualmente sobre el movimiento y desarrollo que tenía en México la santa obra de Vicente de Paul.

Los pobres hoy lloran la eterna ausencia del que fué su padre, su constante consolador, su benefactor incansable y solfeito.

Las lágrimas de gratitud de los desgraciados formarán la corona más brillante con que el Sr. Icazbalceta habrá entrado al reino de los cielos.

Para que sirve la confesion.

Hace poco recibió un rico armador de Nantes la visita de un sacerdote, que le dijo tener el encargo de restituirle una cantidad de 10,000 francos que bajo el secreto de la confesión pascual le había entregado un penitente. Sorprendido el negociante, que no recordaba haber notado la falta de dicha suma, dudaba de aceptarla; pero accedió á las reiteradas instancias del sacerdote, quien le entregó el valor dicho y además un billete de mil francos para que le distribuyese en su nombre á los pobres.

Beneficios de la confesion.

De Lisboa comunican el siguiente hecho:

“Hace veinte y dos años desapareció de la casa paterna un niño, cuya madre había muerto, dejándole una buena fortuna, y cuyo padre, contrayendo al año segundas nupcias, fué instigado por su nueva consorte, de quien tuvo otro hijo, á hacer desaparecer el primero para apoderarse de su fortuna; cuyo plan llevaron á cabo teniéndole encerrado en una cueva y fingiendo su desaparición. El padre desnaturalizado murió primero de la caída de un caballo; pero la perversa madrastra, habiendo enfermado gravemente, llamó á un confesor, á quien declaró su delito, encargándole de reparar en lo posible el daño hecho á aquella desgraciada criatura y muriendo arrepentida de su enorme culpa.

“El joven, que ya contaba treinta y cuatro años, fué sacado de la cueva y reintegrado en posesión de su legítima fortuna, gracias al arrepentimiento y á la confesión de su desnaturalizada madrastra.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, FEBRERO 8 DE 1895.

NUM. 3.

Sección II.

DISPOSICIONES DE LA ARQUIDIOCESIS

DE GUADALAJARA.

Circular del Gobierno Eclesiástico del Arzobispado de Guadalajara.—Cumpliéndose en la Dominica de Septuagésima del corriente año, el periodo señalado en la circular ó *carta de gracia* anterior, en la que esta Sagrada Mitra concedió respectivamente varias facultades y licencias á los Sres. Curas y otros sacerdotes, y á los fieles de toda esta Arquidiócesis; por el tenor de la presente, y en uso de las Sólitas que la Santa Sede se ha servido concederlos, prorrogamos por otros dos años, que concluirán en la misma Dominica de Septuagesima del año de 1897, las facultades y licencias indicadas, y alguna otra que nos ha parecido conveniente conceder; y son como siguen:

1.º A todos los fieles de uno y otro sexo de esta nuestra diócesis, concedemos licencia para elegir confesor de entre los sacerdotes que están habilitados, á fin de que puedan confesarse sacramentalmente con ellos, aun cuando no sean sus propios párrocos, y aun para cumplir con el precepto anual de la Iglesia.

2.º Concedemos igualmente á todos los fieles nuestros diocesanos, que puedan

comer carnes y lacticinios en los dias de ayuno, con excepción de los siguientes:—Miércoles de Ceniza.—Todos los viernes siguientes de Cuaresma.—Los cuatro últimos dias de la semana santa, que son: miércoles, jueves, viernes y sábado;—y las cuatro vigiliass principales que son: la de Natividad, la de Pentecostés, la de San Pedro y San Pablo y la de la Asunción de Nuestra Señora. En todos los cuales queda la obligación de abstenerse de carnes, aunque se pueden comer en ellos huevos y lacticinios; pero en ningun día de ayuno, y ni aun los domingos de Cuaresma, en que éste no obliga, podrá promiscuarse; esto es, comer en una misma mesa ó á una misma hora, de carne y de pescado. Debiendo los Señores Curas advertir y explicar todo esto con oportunidad á los fieles.

3.º A todos los sacerdotes, tanto seculares como regulares, que tengan expedido el uso de sus licencias para confesar, les subdelegamos la facultad que tenemos por solo delegación de la Silla Apostólica, para que puedan absolver *intra confessionem*, de las censuras y casos reservados á Nos, y tambien de los reservados, *aun especialmente* al Romano Pontífice; con excepción: 1.º del caso de heregía mixta y de sus análogos, según las varias personas que incurren en esta misma excomunión, y se expresan en la constitución *Apostolicae Sedis* de Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pío IX, en

fragmentos de granada ennegrecidos por la pólvora, por olvidar en aquel momento lo que ha podido conmover á la humanidad en otros más críticos, la prodigiosa fuerza de expansion de las grandes ideas.

Arrojemos una mirada, pues, ántes de que se cierre su fosa, sobre el cadaver del gran hombre que acaba de morir; midamos al mismo tiempo con una rapida ojeada la profundidad de su huella, y en pago siquiera de este llanto comun con que rendimos tributo á su memoria esta noche, arranquemos alguna provechosa enseñanza á los dolores de su muerte.

Señores: el secreto del valer del Padre Zeferino estaba en lo trascendental de su mision. Dios le suscitó como un génio para realizar en España la gran obra de armonía y de pacificacion entre los dos órdenes de verdades y las dos clases de razones, que, por no acertar á reconocerse, reñían lucha parricida y mortal en el campo de la especulacion científica.

Sabeis lo que era la ciencia al comenzar el siglo actual. El antiguo organismo debilitado por los abusos y los excesos de una decadencia inexplicable, cayó minado por su descomposicion en rotos y disgregados fragmentos. Aquella creacion portentosa en que habían puesto mano Sócrates y Platon, que había recibido del gran filósofo de Estagira forma sustancial, á cuya sombra habían filosofado los árabes y los judíos de la edad cristiana, y los maestros y los doctores cristianos de la Edad Media, que había recibido las iluminaciones de los Santos Padres, de los apologistas y de los doctores de la Iglesia, que había resplandecido con los destellos de la gloria de San Agustín, y que había sido reconstruída y levantada ya para siempre sobre los eternos fundamentos de la realidad y hasta las regiones más elevadas del cielo por Santo Tomás de Aquino, fué cubriéndose poco á poco con las vegetaciones parásitas del nominalismo y de otras escuelas degeneradas; y aunque los grandes teólogos españoles del siglo XVI asombraron a la

Cristiandad en Trento con los esplendores de su doctrina; cuando Descartes y Bacon se propusieron revelar al mundo como verdades desconocidas, metodos de investigacion y tésis metafísicas ya olvidadas por insuficientes y erróneas, y en vez del formidable mastin que había pastoreado el redil de las ciencias cristianas, sólo tuvieron que lidiar con la jauría de ladrones gozqueillos que le habían sustituido en los claustros y las escuelas. (*Muy bien, muy bien*) Todos conocéis los frutos que han dado en la historia de la filosofía el empirismo de Bacon y la famosa duda Carteciana; todos recordais la Génesis lógica de las escuelas de Spinoza, de Loke, de Condillac de Humes, de Berkeley, de Kant, de Hegel, de Compté, y de Littré, y los resultados definitivos de los sistemas eclécticos, ocasionalistas, armónicos, sensualistas, idealistas, y críticos en la ciencia, todos sabeis que de esta total descomposicion de la ciencia y de la verdad humana, brotaron, como dos estériles y gigantescos hongos, los dos sistemas que brotan infaliblemente de los *debris* de toda descomposicion del pensamiento filosófico: el *sincretismo*, que busca la unidad en la afirmacion contradictoria de todos los errores; y el *escepticismo*, que la encuentra en la negacion sistemática de todas las verdades.

Y como consecuencia trascendental y definitiva de esta evolucion científica, si evolucion puede llamarse á la putrefaccion y á la muerte, la religion, que es una filosofía divina, se refugió en los misterios del santuario y en los oráculos del dógma, separada ya de la ciencia y el mundo, que había escuchado la palabra de San Agustín y había oido las enseñanzas de Santo Tomás, se vió en la hora suprema de las negaciones sociales divididas en dos campos irreductibles: en el campo del *racionalismo* devastador que negaba los fueros de lo razon divina, y en el campo del *tradicionalismo* fatal que negaba los fueros de la razon humana.

Y entónces cuando en el otro lado de los mares, más allá de los linderos de la civilizacion, en un pedazo de Patria arrancada á los abismos del mar y á las tinieblas de la barbarie por el genio español, á la sombra de la bandera nacional, mantenida en los extremos orientales del mundo por la fè y la piedad del fundador del Escorial, por la espada de nuestros soldados y por la palabra y la sangre de nuestros misioneros, resonó una voz que no se ha extinguido todavía y que está llamada á resonar luengos siglos por todos los ámbitos de las ciencias: voz traída por las auras que rizan las vastas y líquidas llanuras que se extienden en las soledades del Océano y cubren los abismos de las grandes aguas, y caída aquí en los yermos y asolados campos de la ciencia cristiana como rocío del cielo que los convirtió en gallardo pensil de flores de perdurable fragancia.

Era voz de paz, porque llamaba á la concordia á todos con los acentos sinceros de la verdad desinteresada y serena; era voz de sér, porque creaba un sistema de afirmacion entre tanto polvo de negaciones; era voz de autoridad, porque sonaba allá arriba en la nube luminosa de la pura especulacion, tras largos años de meditacion y de estudio, léjos, muy léjos de la candente arena de nuestras discordias científicas y testimoniada por una vida de penitencia, de trabajo y de oracion, sin otra púrpura que un sayal y sin más cetro que una pluma.

—[Muy bien.]

A la voz de trueno de aquel misionero español que sumido en sus abstracciones, creía que hablaba sólo consigo mismo, cuando le estaba escuchando la Cristiandad, callaron las griterias turbulentas. España, que había perdido la memoria de lo que era un *fraille*, volvió los ojos al triste y solitario convento de Ocaña, olvidado por la tiranía de la revolucion y por los furores del degüello, como escondido verjel de los hijos de Santo Domingo de Guzman y como oculto vivero de héroes cultivados para el

martirio, y recorrió con sus ojos las losas rotas de los sepulcros, conmovidos por la demoledora piqueta, entre las ruinas de aquellos relicarios del arte que fueron templos del saber para cerciorarse de que no había salido de ningun sepulcro aquel hijo de Santo Domingo, aquel discípulo de Santo Tomás, aquel hermano de Patria, de Orden y de Religion de Victoria y de Soto, de Carranza y de Melchor Cano.

¡Cómo deciros los acentos de aquella voz que se levantaba en la elevada cumbre en que se abrazan con abrazo inmortal la Razón y la Fé, la Religion y la Ciencia! ¡Cómo compendiar aquellas subimes enseñanzas en que arrancaba al hombre del lodazal de la materia en que se arrastra caído: le obligaba á penetrar dentro de sí, para darse cuenta del inapreciable tesoro que lleva oculto en su seno, en el centro mismo de su ser, en su alma inmortal, inteligente y libre; le hacía recorrer victorioso todas las gradaciones de la verdad y todas las esferas de las armonías del mundo; le señalaba con su diestra al cielo, para hacerle mirar á lo alto, y le dejaba adivinar en la penumbra del misterio, y tras las puertas de oro del santuario, los inefables esplendores de la divinidad, á cuya posesión sobrenatural le llamaba imperiosamente su destino! ¡Cómo daremos una idea, aproximada siquiera, de aquel majestuoso pensar, de aquel generoso sentir, de aquella soberana mirada con que descubría la afinidad y armonía de toda verdad, por fragmentada y dispersada que se encontrase, y por enemiga irreconciliable, al parecer, que fuese la boca que la enunciaba, como quien más que con voces y con palabras, parecía testimoniar de la verdad divina que enseñaba, con su mansedumbre é imparcialidad, con su celeste serenidad y con la alteza del que, fija la vista en el cielo, no reconoce otra misión sobre la tierra que iluminar y alentar y consolar, para salvar á los hombres!

La ciencia que nos anunciaba el nuevo

pensador era ciertamente en el fondo la ciencia de Santo Tomás de Aquino, la ciencia del Angel de las escuelas, pero se engañaría mucho seguramente el que la considerase por eso como una mera repetición de la antigua escolástica. No; no lo consentía ciertamente el genio original del gran filósofo; y si en todo lo fundamental reproduce y aclara el alto sentido de su maestro, continuandolo y aplicandolo á todos los problemas desconocidos entónces y planteados ahora por todas las escuelas que prepararon, acompañaron y siguieron al movimiento kantiano; en sus formas y aplicaciones, en sus desarrollos sucesivos y en sus relaciones con puntos capitales de la ciencia, sujetos por razones de método y de circunstancias á indefinido progreso, no sólo varía de forma, de método y de aplicación, sino que abriendo sus brazos á todo adelanto positivo de que hayan sido causa eficiente ú ocasional los nuevos sistemas, los depura y los incorpora lógicamente en su organismo científico, informando así por soberana manera con el sentido capital de la filosofía perenne, el oro separado de las escorias, que extrae su espíritu de las escuelas de Descartes, de Mallebranche y de Leibnitz, de Pascal y de Bossuet, de Rosmini y de Balmini, de la escuela escocesa y de las escuelas todas alemanas, desde el criticismo de Kant hasta el panlogismo de Hegel, y desde el pesimismo de Schopenhauer y Hartman, hasta las últimas evoluciones del monismo contemporáneo.

Por eso el Padre Zeferino González merece ser puesto aparte en la ilustre pléyade de restauradores de la filosofía escolástica. Ateniendome solo al principal, diré que Sanseverino representa en la lucha campal de la controversia científica el invulnerable guerrero, que, cubierto de hierro de la cabeza á los pies, y armado con la incontrastable maza de armas de sus mayores, pulveriza los dardos de sus contrarios y rechaza vencidos á todos los enemigos de su bandera; miétras que el Padre Zeferino presenta á aquel esper-

to general, que divizando entre sus contrarios muchos amigos que militan en el campo opuesto por error, más que como aliados como prisioneros, los llama y los emplaza con su bocina, á la sombra de la bandera de su Rey, los ordena en batalla á su lado, y los lanza, una vez metidos en fila, contra los mermados restos de la hueste contraria, privada ya de sus más valientes auxiliares. (*Grandes aplausos.*)

Por eso fué tan fecunda su acción, tan propia y original su doctrina y tan elevado el punto de vista en que se colocó al echar los cimientos de su escuela.

Porque ya lo dije en otra ocasión y desde esta misma tribuna: el inexpugnable Alcázar de la verdad, levantado con firme y segura mano por este silencioso y esforzado obrero del claustro, colocando á plomo sobre los indestructibles cimientos de la realidad los grandes sillares de la ciencia, no ofrece los vulnerables flancos que á los formidables ataques del error ofrecían el sentimentalismo estético de Chateaubriand, el providencialismo místico, expiatorio y profético de De Maistre, el tradicionalismo absoluto de Bonald, el espiritualismo spiritista de Górrés, el hegelianismo cristiano de Gunther, el espiritualismo psicológico de Gallupi, ideológico de Rosmini, ontológico de Gioberti, el semitradicionalismo de Raulica y de Bautain, el ontologismo mitigado de Lobaina, el platonismo cartesiano y ecléctico francés, y todas las incompletas doctrinas que aspiraron á ser la definitiva filosofía del theismo espiritualista cristiano, pues sin petrificarse de nuevo en los moldes tradicionales de la antigua escolástica, enlaza y abarca en su sintética construcción el elemento antiguo personificado en Santo Tomás, y el elemento moderno disuelto y esparcido por los sistemas de la filosofía contemporánea, organizados y unificados por la lógica á los pies de la Cruz.

Demasiado lo conocéis: no hay tiempo ni para bosquejaros su doctrina, ni para hacer desfilar siquiera ante vosotros

el índice de los capítulos de sus obras. Pero si queréis una rápida visión de su majestuoso conjunto, figuraos con la imaginación la gran pirámide de Egipto. Su base sólida, maciza, incommovible y fundamental: son sus primeros principios; el esqueleto que sostiene y enlaza toda su construcción: sus verdades ontológicas; la inmensa y vasta muchedumbre de piedras que la componen: sus conclusiones cosmológicas; en su centro se abre la habitación, la morada, el palacio y el sepulcro del hombre: es su doctrina antropológica; en aquel centro arde inextinguible la lámpara sagrada de perdurable amianto: es su luminosa ideología; en ella enciende el Sacerdote la antorcha con que ilumina su ascensión serena por todas las gradaciones de la construcción faraónica: es la lógica con que camina firme y seguro sobre la realidad; con ella asciende desde los escondidos cimientos de los axiomas hasta el mismo vértice superior á que convergen todos los puntos de la pirámide; y en cuya cumbre el genio, dominando toda la ciencia, alza los ojos al cielo para oír la voz reveladora de Dios. (*Grandes, prolongados y estrepitosos aplausos interrumpen la lectura del discurso.*)

Así es, en un solo rasgo trazada, la construcción científica del Padre Zeferino.

Pero si queréis conocer el secreto de esta grandeza, la explicación de su éxito, lo trascendental de su misión, escuchadle un instante á él mismo, oíd su voz, oíd sus propias doctrinas sobre el problema fundamental de la ciencia cuando lo estudia en su maestro, el Aguila de Aquino. Escuchadle:

"Allí (en la filosofía de Santo Tomás, continúa diciendo el sabio dominico,) encontraréis, en fin, teorías profundas y luminosas sobre la verdad, la belleza y el bien, y hallaréis, sobre todo, una teoría de la razón humana, tan admirable por su sencillez como fecunda en sus aplicaciones; y bien sabéis que el problema de la razón humana es el problema funda-

mental de la ciencia, y que su solución acertada ó desacertada, refluje necesariamente sobre todas las demás partes de la filosofía. Santo Tomás, despues de escribir muchas páginas para desarrollar la teoría de la razón humana con todas sus aplicaciones, la resume casi toda en una de aquellas palabras sencillas y fecundas de que él solo posee el secreto. Conocéis las brillantes páginas de Fenelon y de Bossuet sobre las grandezas y debilidades de la razón humana, sabéis que esta razón humana, que tropieza á cada paso en el camino de la verdad y que se halla rodeada de sombras y oscuridades, es la misma razón humana que, dominando la inmensidad del tiempo y del espacio, realiza exploraciones y descubrimientos que revelan un poder sobre todo poder; que despues de haber penetrado las alturas incommensurables del cielo y las profundidades de la tierra, se lanza fuera del mundo de los cuerpos para recorrer todas las gradaciones y armonías de la verdad. Pues bien: esas brillantes páginas de Fenelon y de Bossuet, cuanto han escrito sobre este punto todos los grandes pensadores; toda la historia en fin de la razón humana, con sus grandezas y sus miserias, con su poderío y su flaqueza, todo se halla concentrado en esta palabra sencilla de Santo Tomás, pero de sentido profundamente filosófico: "La razón humana es una participación de la inteligencia increada, una impresión en nuestras almas de la luz divina." Es una *impresión* una *participación*; he aquí el origen de su debilidad. Es *participación de la inteligencia increada*, impresión de la luz divina en nuestras almas; he aquí el origen de su elevación y de su poder.

¿Comprendéis ahora por qué tuvo tan extraordinaria resonancia la voz austera del sábio dominico, dejándose oír entre el furor y el estruendo de la pelea de los dos campos contrapuestos: el campo del tradicionalismo católico y el campo del racionalismo anticristiano?

¿Que más podían decir para exaltar el

estos términos: "1.º Omnes à christiana fide apostatas, et omnes ac singulos haereticos, quoquomque nomine censentur, et cujuscumque sectae existant, eis que credentes, eorumque receptores, fautores, et generaliter quolibet illorum defensores;" y 2.º con excepción también de los casos comprendidos en la Bula *Sacramentum Poenitentiae* del Sr. Benedicto XIV, y son: la excomunión en que incurre el sacerdote que se atreve à absolver à su propio cómplice en el pecado torpe; y el pecado (que no tiene censura anexa) del que calumniosamente denuncia como solicitante *ad turpia* à algun sacerdote; pues estos dos casos son tan especialmente reservados à la Santa Sede, que ni aun à los Ordinarios se nos dá por las Sólitas la facultad para absolver de ellos.

4.º A los Sres. Curas de la diócesis, durante el tiempo señalado para cumplir con el precepto anual de la Iglesia, les concedemos que puedan absolver *intra confessionem* aun del caso de heregía, tal como se explica en la primera excepción del número anterior; pudiendo seguir usando de esta facultad los demás sacerdotes à quienes en lo particular la hayamos concedido.

5.º Facultamos igualmente à los confesores para que, en el acto de la administración del sacramento de la penitencia, puedan conmutar à los fieles promesas y votos simples que hubieren hecho, à excepción del de castidad, religión y peregrinación ultramarina: teniendo à la vista las reglas que para ésto prescriben los autores de la más sana moral, y poniendo la debida atención en la materia del voto, circunstancias de la persona, del tiempo en que se hizo, y del en que se solicita la conmutación.

6.º Y con el fin de proporcionar à los fieles en cuanto está de nuestra parte, todas las gracias y consuelos espirituales que necesitan, les concedemos à todos nuestros diocesanos que puedan ganar una indulgencia plenaria tres dias en el año; à saber: el día de la Natividad de

Nuestro Señor Jesucristo, el domingo de Resurrección y el día de la Asunción de Nuestra Señora; debiendo preceder la confesión y comunión para conseguir esta gracia.—Asímismo damos facultad à todos los confesores, de aplicar à los moribundos, contritos por lo ménos, si no pueden confesarse, la indulgencia plenaria que el Sr. Benedicto XIV concedió para tal caso, y cuyo rito y forma traen los Breviarios y Manuales. Sobre todo lo cual esperamos que los párrocos den à sus respectivos feligreses los avisos é instrucciones oportunas, exhortándolos à aprovecharse de estas gracias y aplicar cuantos sufragios puedan por las almas de nuestros hermanos difuntos que padecen en el Purgatorio; pues la piedad y compasión, y aun la gratitud para con muchos de ellos, deben estimularnos à prestarles estos buenos oficios de nuestras oraciones y obras meritorias, que es lo único que podemos hacer por los mismos; para que Dios en su misericordia, alivie y acorte sus penas, y saliendo de aquel lugar de expiación, entren purificados al de la luz y eterno descanso.

Dios Nuestro Señor guarde à vd muchos años.—Guadalajara, Enero 8 de 1895.—✠ PEDRO.—Arzobispo de Guadalajara.

SECCION III.--VARIEDADES.

DISCURSO

DEL EXCMO.

Sr. D. Alejandro Pidal y Mon

en la velada que en honor del Emmo. Cardenal Gonzalez celebró el Ateneo de Madrid la noche del 10 de Diciembre de 1894.

SEÑORAS Y SEÑORES:

¡Avions un roy l'avons perdu! "teníamos

un rey y lo hemos perdido;" tales fueron, señores, las palabras espontáneamente salidas de los labios de una mujer del pueblo en las concurridísimas exequias del gran Lacordaire, y no con otras quiso el célebre Conde de Montalembert iniciar la triste série de lamentos que forman aquella inmortal elegía con que el gran historiador de las Ordenes monásticas de Occidente lloró la muerte del gran orador de Nuestra Señora.

Y en vano, señores, buscarían mis labios hoy otros acentos para formular en una frase comprensiva y sintética el pensamiento irreductible que invade y embarga todo mi sér; porque si en el religioso domínico francés tenían sus contemporáneos y compatriotas el *Rey de la Elocuencia moderna*, en el religioso español cuya reciente pérdida lloramos, teníamos sus compatriotas y compañeros el *Rey de la Ciencia contemporánea*.

Por eso, ante el cadáver todavía caliente de aquel que, à despecho de toda clase de dignidades, títulos y honores, continuará llamándose para la historia el *Padre Zeferino*, permanecemos todos los que con mayor ó menor acierto rendimos culto à la especulación metafísica, atónitos y espantados, como permanecieron por largo tiempo los admiradores del restaurador de la libertad para las Ordenes religiosas en Francia, al rededor de aquella otra encina colosal derribada por la muerte en el suelo: "aplastados los unos, conmovidos los otros, aturdidos todos por su caída."

Humillémonos ante los juicios inescrutables de Dios, que por algo fulmina sus rayos sobre las cumbres, pero séanos permitido llorar, à los que abrimos los ojos à la luz, el eclipse para la tierra de ese astro, puesto ya para siempre en las tinieblas de nuestro horizonte, pero que amanece sin duda à otro mundo mejor en los espacios sobrenaturales del cielo. (*Aplausos*)

Cuando el gran Santo Tomás de Aquino acabó sus dias en Italia, el mundo se consternó de tal modo, dicen los más fie-

les historiadores, como si el sol al medio día se hubiese perdido de pronto en los espacios; y la gran Universidad de Paris, aquel centro sublime del saber y la civilización europea, empezó su carta de duelo à la Orden de Santo Domingo de Guzman con tres inarticulados lamentos, como para dar à entender que su pena no consentía las ordenaciones de la razon y se abandonaba vencida à las explosiones del sentimiento. (*Grandes oplausos*.)

Lloremos, pues, señores, sin miedo, ante ese cadáver, que en él al fin están simbolizados, para todos los que vivimos, las tristezas y las alegrías de la vida moderna, las luchas y los dolores de la sociedad contemporánea, las ansias y las elevaciones del espíritu à las regiones ideales, y el predominio soberano de la razon y de la voluntad sobre las brutales exigencias de la materia.

Lloremos y consolémonos mutuamente. Porque el Padre Zeferino, es verdad, há muerto ¡Quién puede dar mejor testimonio de su muerte, que yo, que he visto su cadáver descender à su tumba! Pero aparte de que su espíritu inmortal vivirá eternamente en el cielo, está empezando ya para su personalidad otra vida impercedera también: la vida de la gloria, que sólo alborea de verdad tras las tinieblas del selpulcro, cuando apagados ya los interesados ecos de la lisonja y desvanecida la apasionada multitud, dicta solitaria para la posteridad sus inapelables fallos la historia.

A medida que el tiempo le vaya alejando de nosotros, se aumentará, no lo dudeis, su renombre, como la estela que deja el Leviatan en las ondas cuando se va ensanchando con la distancia. Un día llegará en que el historiador se encontrará con su nombre grabado en el frontispicio de una Epoca, y cuando el arqueólogo más tarde interrogue con admiración las ruinas de errores y de preocupaciones que pasaron para no volver, tal vez no acierte à salir de su asombro, al tropezar con su báculo con unos cuantos folios dispersos, ennegrecidos por la tinta, como